

—Ya te dije ayer que siempre lo estaba—respondió Julio.

—Perfectamente. Abajo nos está aguardando el coche.

—Bajemos—repuso el conde, sellando un sobre en el que acababa de meter dos cartas, una para Cristiana y otra para Federica.

Luego tocó una campanilla, á cuyo son compareció un criado, á quien dijo:

—Voy á dar una vuelta fuera de París, y tal vez no regrese hasta mañana ó quizás hasta dentro de algunos días. Si la señora condesa viene de Enghién, entregadle esto, pero personalmente, ¿habeis oído?

Y después de poner la carta en manos del criado, Julio se volvió á Samuel y le dijo:

—Estoy á tus órdenes.

XXVII

Voz del corazón

Al día siguiente al en que se habían reunido en la escondida casa del Pantano, Julio, Cristiana y Federica, esta última se paseaba sola é imaginativa por su jardín de Enghién, sin acertar á explicarse el porqué de la angustia que la roía, al pensar en la entrevista de la víspera.

¿Por qué, por primera vez, su padre se había mostrado tan grave y triste ante los únicos seres á quienes amaba?

—Sí me negué á despedirme de él—decía para sí la joven, —fué para impedirle que partiese sin verme siquiera una vez más; pero si su partida era necesaria, si se veía obligado á marcharse sin pérdida de tiempo, no he hecho sino aumentar sus sufrimientos. Cuando me negué á besarle, se sonrió; pero ahora me parece que su sonrisa era fingida y que más que de reírse tenía ganas de llorar. ¿A qué puede obedecer ese viaje? Menester es que sea muy grave y muy imperiosa

la causa de él para que mi padre, endeble y fatigado como está, salga de París. ¿Adónde va? ¿Por qué siendo, como es, en definitiva, lo más natural del mundo un viaje, me llena de tristeza? ¿Por qué revistió de tal solemnidad sus recomendaciones?

Federica se paseó durante todo el día por el jardín entregada á sus meditaciones; pero al llegar la noche y no pudiendo resistir más, mandó que enganchasen y se hizo conducir al palacio de Julio, á cuyas habitaciones subió apresuradamente.

—¿El señor conde?—preguntó la joven al primer criado con quien se encontró.

—No está en palacio—respondió el interpelado.

—¿Cuándo ha salido?

—Esta mañana, señora.

—¿Y no ha manifestado á qué hora volvería?

—Ha dicho que iba á dar una vuelta por las afueras de París y que tal vez mañana estaría de regreso.

—¿Y para mí ha dejado algo?

—Una carta; la señora condesa la hallará en el escritorio del señor conde.

Federica voló al despacho de Julio, vió en el bufete un pliego dirigido á ella, lo tomó, rompió el sobre, dentro del cual había dos cartas, una para ella y otra para su madre, abrió la que le pertenecía y leyó lo siguiente:

«Perdóname, mi querida Federica, si parto sin darte un beso; pero en tu provecho emprendo este viaje. Dentro de tres días no habrá estorbo que se oponga á tu dicha.

»Adiós, querida hija mía. Tu madre te pondrá en más antecedentes.

»Sé dichosa, como lo deseo yo que te bendigo.

»Olvidame y piensa en Lotario.

»Tu devoto padre,

»JULIO DE E.»

—¿Qué significa esto?—murmuró Federica con los ojos arrasados en lágrimas.—¡Ah! «tu madre te pondrá en más antecedentes»—añadió, leyendo de nuevo esta frase de la carta. Luego mi madre lo sabe todo. Me voy á verla.

Y descendiendo apresuradamente, se hizo conducir á

casa de Cristiana, llevándose consigo la carta dirigida á ésta.

Cristiana quedó estupefacta al oír anunciar á la condesa de Eberbach; porque la vida de aquellas dos pobres mujeres era tal, que para la madre y la hija era una audacia, casi una falta, el verse.

Pero el sobresalto de Cristiana creció de punto cuando vió entrar á Federica con la ansiedad pintada en el semblante.

—¿Qué ocurre?

—¿Qué?—respondió Federica,—que mi padre ha partido.

—¡Cómo!—exclamó Cristiana.

—Leed—repuso la joven tendiendo á su madre las dos cartas.

La dirigida á Cristiana decía poco más ó menos lo que la dirigida á Federica, salvo que en ella Julio manifestaba á su mujer, que se ponía en camino y que tan pronto llegase al término de su viaje le escribiría cuanto iba á hacer y cuanto ocurriría: encargándole, además, que no pasase cuidado alguno, que tranquilizase á su hija y que aguardase.

—Todo menos esperar—profirió Cristiana.—Vamos á partir, hija mía.

—¿Qué tenéis, madre? Estáis todo trastornada.

—A tu padre le amaga un gran peligro.

—¡Un gran peligro! ¿y cuál?

—¡Ah! no puedo decírtelo; pero me acuerdo de lo que me declaró una vez. ¡Pronto, hija mía!

Cristiana se abalanzó al cordón de la campanilla, llamó con pulso nervioso, y preguntó al criado que acudió al llamamiento:

—¿Está ahí mi hermano?

—Sí, señora—respondió el criado.

—Decidle que necesito al instante caballos de posta.

El criado se salió.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—profirió Cristiana—pero ¿adónde ir, si estas cartas no nos dicen siquiera á qué punto se ha dirigido tu padre? ¿Te lo han dicho á ti en palacio?

—No; al partir, mi padre ha manifestado que se iba á dar una vuelta por las afueras de París.

—¡Oh! lejos, más lejos se ha ido; entre su proyecto y nosotros habrá puesto mucha más distancia. ¿Adónde puede haberse dirigido? ¡Miseras de nosotras! ¿Cómo adivinarlo?

Cristiana reflexionó por espacio de un minuto, y dijo con más energía:

—No importa; le buscaremos en todas partes, y primeramente en Eberbach. Sí, para el castigo debe de haber escogido el teatro del crimen. Va á Eberbach; ahora estoy segura de ello. ¡Gracias, Dios mío! ¡con tal que no lleguemos demasiado tarde!

Cristiana tomó el dinero necesario para el camino y envolvió á Federica en chales para pasar la noche.

Cuando Gamba vino para anunciar que el coche estaba aguardando en la calle, madre é hija daban fin á sus preparativos.

—¿Parto también?—preguntó el gitano.

—Sí. ¿Estás dispuesto?

—Siempre lo estoy cuando se trata de correr por las carreteras.

—Vente, pues, con nosotras.

Un minuto después la silla de posta era arrastrada al galope por las calles de París. Al llegar al primer relevo, Cristiana preguntó al maestro de postas si había proporcionado caballos á dos viajeros procedentes de la capital.

—¿Cómo dos?—objetó Federica.

—Deja.

—A más de dos—respondió el maestro de postas.

—Bien, pero yo me refiero á dos que iban juntos.

—¿Cómo son?

—Poco más ó menos tienen unos cuarenta años de edad; pero uno de los dos aparenta estar más viejo.

—¡Ah! aguardaos; me parece que sí. El uno iba acurrucado en uno de los rincones del testero, como si sufriese ó le devorase el tedio.

—Y el otro—dijo Cristiana—tenía las facciones duras y altaneras.

—Esto es—profirió el maestro de postas.—Ese á que os referís fué quien dió las órdenes. Y aun me acuerdo de que dije á Juan: «¡Vaya una fisonomía de perro la de ese hombre!» A lo que Juan replicó: «¡Bah! pues paga con esplendidez, puede usarla». Sí, señora, les he visto.

—Gracias.

Relevado el tiro, el coche anudó la marcha.

—¿Cómo sabéis que mi padre no viaja solo?—preguntó Federica.

—¿Acaso te has olvidado de que ayer nos dijo que le acompañaría un amigo?

—Es verdad, pero no nos dijo quién era.

—¡Oh! lo he adivinado—profirió Cristiana.

—¿Quién es?

—Samuel Gelb.

El viaje fué triste y silencioso durante los dos días con sus noches que madre é hija tardaron en llegar á Eberbach.

Cristiana y Federica no se detenían sino el tiempo indispensable para cambiar de tiro. Sólo dos veces en cuarenta y ocho horas se apearon para tomar un bocado. Luego anudaban la marcha pagando doble para que el postillón hiciese también correr doble á los caballos.

Aquel viaje empezó y acabó de noche.

De ella serían las once cuando la silla de posta entró en el patio del castillo de Eberbach.

—¿Está aquí el señor conde?—preguntó Federica al portero, á quien fué menester despertar.

—Sí, señora.

—¡Alabado sea Dios!—profirió Cristiana—llegamos á tiempo.

El coche se detuvo al pie de la escalinata, y de él saltó Gamba inmediatamente para llamar con estrépito capaz de despertar á un muerto.

—¿Quién va?—exclamó con semblante hosco y en voz ragañona Hans, sacando la cabeza por la lumbrera.

—La señora condesa—respondió Gamba.

—Bajo—refunfuñó Hans.

Poco después se abrió la puerta.

—¿El señor conde?—preguntó Federica.

—Está acostado.

—La joven miró á su madre.

—¡Oh! no hay que perder momento—dijo Cristiana, respondiendo á la mirada de su hija.—Es demasiado grave el negocio para retardar nuestra entrevista siquiera un segundo. Subamos y llamemos á la puerta de su dormitorio.

Las dos mujeres subieron y llamaron primero con suavidad y luego más recio; pero nadie respondió.

—Aguardaos—dijo Gamba,—vosotras llamáis como mujeres; esto se hace así.

Y se puso á repicar en la puerta todos los toques de los campanarios de Amberes.

Lo mismo que la vez primera, nadie respondió ni se movió en el cuarto.

—Es singular—dijo Cristiana empezando á palidecer.

Y volviéndose hacia Hans, le preguntó:

—¿Estáis bien seguro de que el conde está en su dormitorio?

—Segurísimo, señora, como que yo mismo le he acompañado hasta él, hace dos horas, para encender las bujías.

—¡Dos horas!—repitió Cristiana llena de espanto.

—Por otra parte, si el señor conde no se encontrase en el dormitorio—prosiguió Hans,—la llave estaría en la parte de afuera, y ya veis que está por la parte de adentro.

—¡Señor conde!—gritó Cristiana—¡abrid, somos nosotras, Federica y yo! ¡Abrid, por Dios!

En el dormitorio continuó el mismo silencio.

—¿Qué significa esto?—dijo Federica.—¡Virgen Santa! tengo miedo.

—¡Oh qué idea!—exclamó Cristiana.—¿No está también en el castillo el señor Samuel Gelb?

—Sí, señora—respondió Hans.

—Pues vamos á despertarle; tal vez duerma menos profundamente que el señor conde.

Hans condujo á las dos mujeres hasta la puerta del cuarto de Samuel, á la que Cristiana llamó con igual negativo resultado que á la del dormitorio del conde; pero como viese la llave en la parte de afuera, dijo á Gamba:

—Abre y entra.

Gamba penetró en la pieza y poco después apareció de nuevo para decir:

—Podéis entrar, no hay nadie.

Cristiana y Federica se precipitaron al cuarto, en el que, en efecto, no había nadie y cuya cama estaba intacta.

—¿Pero vos tenéis la seguridad de que esos caballeros no han salido?—preguntó Cristiana al criado.

—Segurísimo—respondió Hans.—A las nueve y media han dicho que iban á acostarse. Yo les he visto subir con mis propios ojos y por mi mano he cerrado las puertas. No podían haber salido del castillo sin pedirme las llaves.

—Entonces, pronto, no perdamos segundo—profirió Cristiana.—Traigan un martillo, una barra de hierro, cualquiera cosa; es menester derribar la puerta del dormitorio del conde.

Gamba y Hans partieron á escape para regresar casi al punto provistos de una alzaprima de hierro.

Un minuto después la puerta había cedido y Cristiana y Federica, Hans y Gamba penetraron en el aposento del conde.

Como el de Samuel, estaba solitario; pero el primer objeto en que se fijaron los ojos de Federica, fué una carta colocada sobre un reclinatorio situado á la cabecera de la cama, y en cuyo sobre se leía esta dirección:

«A la señora Olimpia.

»Calle de Luxemburgo.

»París.»

—Dámela—dijo Cristiana.

Y rasgando el sobre, sacó de él una carta.

«Cuando leas la presente, ¡oh alma mía! habré dejado de existir...»

Al llegar aquí de la lectura, Cristiana dió una gran voz y con los ojos recorrió rápidamente el resto.

Julio no daba pormenor alguno; decía únicamente que moría para que Federica pudiese casar con Lotario; que ésta nada tendría ya que temer de Samuel; y que no se desesperase, pues era para él ocasión de íntimo gozo el poder hacer algo por ella, de quien en lugar de acreedor, era agradecido deudor, toda vez que á ella debía el poder hacer una muerte abnegada después de una vida infructuosa.

Luego seguían muchas y muy sentidas frases de afecto y de ternura; pero Cristiana no terminó la lectura de la carta.

—¡Oh! ¡qué desgracia!—exclamó la pobre mujer enclavando los dedos—hemos llegado dos horas demasiado tarde. Indudablemente se está muriendo en este instante. ¡Y no saber dónde!

—¡Ah! busquemos por todas partes, aun que debamos remover la tierra—dijo Federica.

—Sin embargo—profririó Cristiana,—estando, como están, cerradas las puertas exteriores, deben hallarse en el castillo; registremos todos los aposentos.

Vanas fueron las pesquisas de los cuatro.

—Lo que es haber salido, no han salido—repitió Hans.

—Pero ¿por qué no adivino, hallo ó sé, Dios mío? Se me va la cabeza—dijo Cristiana oprimiéndose las sienes con ambas manos cual para reconcentrar toda su razón y toda su inteligencia. Y luego, dando de improviso una gran voz, exclamó:—¡Ah! aguardaos—y hablando consigo misma, añadió:—Sí, eso es. ¡Oh! Dios me ha inspirado.

Cristiana se fué de nuevo y apresuradamente al dormitorio de Julio, y atravesándolo seguida de Federica, Gamba y Hans, penetró en el saloncito que separaba el cuarto del conde del en que ella misma durmiera en otro tiempo, y designando con rápido gesto la biblioteca, dijo al gitano y al criado:

—Amigos míos, quitad este mueble y con la alzaprima destrozad el enmaderamiento que está detrás de él.

Hans y Gamba apartaron la biblioteca, empuñaron la alzaprima y empezaron á demoler con ardor el enmaderamiento.

Escaso fué el efecto que produjeron los primeros golpes; pero de improviso y gracias á un esfuerzo de Gamba, la ensambladura hizo un movimiento cual si hubiese saltado algún resorte, abrióse con rapidez que produjo una corriente de aire que casi apagó las bujías, y dejó al descubierto una escalera profunda y sombría.

—Una lámpara—dijo Cristiana;—por ahí vamos á bajar.

Hans encendió una de las lámparas que estaban sobre la chimenea.

—Adelante—exclamó Gamba tomando la delantera.

Hans, Cristiana y Federica le siguieron.

—Sí—decía para sus adentros Cristiana,—ahí por donde vino el infame aquella fatídica noche.

De esta suerte fueron bajando por espacio de diez minutos, hasta que prontamente les detuvo una voz que les dió el quién vive.

—Mujeres—respondió Cristiana.

—¡Alto!—gritó la voz.—Hombres ó mujeres, de avanzar un paso más sois muertos.

Estas palabras fueron seguidas del ruido que produjeron los gatillos de algunos fusiles.

—¿Qué significa esto?—murmuró Federica.

—¡Silencio!—dijo Cristiana.—Retroceded los tres hasta el hueco ese donde tuerce la escalera, apagad la lámpara, y no os mováis suceda lo que quiera.

Y adelantándose á Gamba y á Hans, Cristiana avanzó resueltamente; mas al punto resonó una descarga y las balas pasaron silbando á dos dedos de la atribulada mujer, que por fortuna salió ilesa.

—No me han herido; no os mováis; en ello va vuestra vida—dijo Cristiana en voz imperiosa á Federica y á Gamba, que ya se dirigían corriendo hacia ella.

Cristiana avanzó algunos pasos más y se encontró en medio de una docena de hombres á quienes entreveía vagamente en las tinieblas á la indecisa luz de una lejana antorcha, y en las manos de los cuales creyó ver lucir sendos puñales.

—Oh vosotros, quien quiera que seáis—exclamó Cristiana cayendo de rodillas,—en nombre de vuestras esposas y de vuestras hijas apiadaos de dos desventuradas mujeres próximas á perder á su esposo y padre si vosotros no venís en su auxilio.

Los enmascarados habían ya levantado sus puñales, pero uno de ellos detuvo á sus compañeros, diciendo:

—Somos doce hombres contra una mujer; dejemos que se explique.

—¡Gracias!—exclamó Cristiana—vais á comprenderme en seguida. El conde de Eberbach está ahí en alguna parte disponiéndose á suicidarse. Pues bien, la condesa su esposa, que lo sabe, se encuentra aquí y busca á su marido para detenerle el brazo. ¡Oh! sí, vosotros comprendéis la magnitud del trance y no impediréis á una mujer que salve la vida á su marido; antes bien la ayudaréis. ¿Dónde está el conde de Eberbach? Vosotros debéis saberlo, pues os encontráis aquí. Por favor os lo ruego, decidme dónde está el conde.

—No conocemos al conde de Eberbach, señora—respondió el que había detenido los puñales de los otros y parecía ser su jefe.

—Os encontráis en su casa y no podéis haber venido á ella sin su consentimiento.

—Ea—prefirió el jefe,—somos jóvenes y no acostumbramos á mentir. Nos encontramos aquí por una razón que nos está vedado revelar y nuestra honra nos ordena matar á quien quiera podría sorprender nuestro secreto. Con la consigna no se disputa. Tenemos orden de hacer fuego contra los que intentaren pasar sin dar el santo y seña.



—Oh vosotros, quien quiera que seáis...

—¡Oh! —exclamó Cristiana—pero quien os ha dado semejante orden es el conde de Eberbach, ¿no es eso?

—Él ú otro, tanto monta.

—Sí, él es. ¿Y sabéis por qué os ha ordenado lo que os ha ordenado? Para que nadie pudiese oponerse á su suicidio. Ved, ahí está una carta suya en que me lo dice. Van á traernos luz para que podáis leerla. Tomad, tomad la carta y leedla, caballero, os lo ruego encarecidamente.

—¿Para qué?—replicó el desconocido.—Nosotros no debemos indagar la causa de las órdenes que nos dan, sino obedecer.

—Sin embargo, os he puesto en evidencia, que ahí, á vuestros ojos, un hombre se está suicidando, y como, según decís, sois jóvenes, es imposible consintáis en que se lleve á efecto un suicidio sin dar un paso para impedirlo, cuando con sólo un gesto podéis salvar una existencia y os lo pide de rodillas una mujer desventurada. ¡Oh! ¡por favor! ¡Imaginad que es vuestro padre quien se suicida y que quien os suplica es vuestra madre!

—¿Y si esta mujer dice la verdad?—profirió uno de los jóvenes dirigiéndose á sus compañeros.

—En este caso seríamos realmente cómplices del suicidio del conde—respondió otro.

—¡Oh!—exclamó la pobre mujer—sois buenos.

—Señora—preguntó el jefe,—¿sois en verdad la condesa de Eberbach?

—No, señores—respondió Cristiana,—no quiero engañaros; no soy yo; la condesa está ahí, y va á venir. ¡Federica! Nosotras nos encontrábamos en la escalera cercana con dos amigos fieles; pero la presencia de hombres podía haberos ofuscado. Voy á decirles que se suban otra vez. Iremos con vosotros solamente las mujeres.

La animosa Cristiana fué por Federica, dijo á Gamba y á Hans que se volviesen y se reunió de nuevo á los enmascarados, llevando en la mano la lámpara, que á ruego de ella el gitano acababa de encender.

—Ya veis que no os he engañado—dijo Cristiana á los desconocidos;—esta es la carta en que el conde habla de su suicidio y nosotras realmente mujeres que lloramos.

—Es verdad—dijo el jefe fijando los ojos en la carta que le tendía Cristiana.—¡Oh! el conde de Eberbach no nos ha confiado sino la mitad de su designio.

—Ahora, señores, no perdamos segundo—profirió Cristiana;—conducidnos inmediatamente donde el conde de Eberbach se halla.

—Veníos, señora—dijo el jefe, echando á andar precipitadamente; y después de haber abierto gran número de puertas y descendido muchos escalones, el joven se detuvo, abrió una última puerta, y añadió:—Es aquí.

—¡Dios mío!—murmuró Cristiana—¡con tal que lleguemos á tiempo!

XXVIII

El brindis

Nos encontramos en la sala circular y subterránea del castillo doble, dispuesta entre dos escaleras secretas abiertas en el muro y en la cual hemos visto ya á Julio, presentado á los Tres por Samuel, asistir con éste á una sesión secreta de la Tugendbund.

Sobre una mesa iluminada por una lámpara pendiente del techo, había recado de escribir y además un gran vaso de la Edad media junto á una botella llena y tapada.

Samuel Gelb y Julio de Eberbach estaban sentados á la mencionada mesa, uno enfrente del otro, inmóviles, silenciosos é imaginativos.

Dos días hacía que los dos se encontraban en el castillo y una hora no más que habían bajado á la sala redonda.

Julio, en aquel sitio testigo de toda la dicha y de toda la desventura de su existencia, veía surgir su pasado ante los ojos de su espíritu, y maldecía de su ceguedad y de su flaqueza. No había adivinado los dolores de Cristiana, de Cristiana, querida y apacible criatura á quien debiera haber protegido, defendido y salvado, en lugar de haber vivido como un extraño y no como marido, sin cuidar de ella ni halagarla.

—¡Ah!—decía entre sí Julio—no he advertido los infames lazos que en mi propia casa y en presencia mía armaba el enemigo que rondaba en torno de mi dicha como el ángel malo alrededor del paraíso. Por más que debían haberme abierto los ojos la repulsión que Samuel inspiró á Cristiana desde un principio y las recomendaciones de mi padre para que yo rompiese con esta amistad funesta, mi necia ilusión lo desafió todo. Pero ¡ay! aun cuando hubiese yo dado fe á los temores de mi esposa y prestado oídos á las advertencias de mi padre, Samuel había adquirido tal imperio sobre mí y me tenía tan sujeto bajo el poder de su prestigio, que ante la evidencia misma habría yo cruzado los brazos y no me hubiera despertado la certeza.

Ahora Julio se echaba en rostro su insensata sumisión al ascendiente de Gelb; ahora se arrepentía de su timidez, origen de la desventura de aquellos á quienes amaba.

—¡Ah!—continuaba diciendo mentalmente el conde—no sucederá ya más; acabóse mi timidez; no retrocederé ante fuerza alguna por enérgica que sea, ni en mi pecho habrá compasión para el culpado, ni me harán desmayar consideraciones ni escrúpulos.

Mientras el castillo doble traía á la mente de Julio sus debilidades, á Samuel le recordaba sus crímenes.

—En suma—decía este último para sí,—¿qué pueden reprocharme Gretchen y Cristiana? ni las forcé, sino que ellas mismas se me entregaron. Ciertó es que la una lo hizo en medio de la exaltación producida por un brebaje; pero ¿qué importa que la exaltación, sin la cual mujer alguna se entrega, provenga artificialmente de un brebaje ó naturalmente de los sentidos? Embriagar con vino á una mujer, ó embriagarla con palabras, ¿qué más da? He hecho lo que todos los hombres. Dirigirse á una doncella pura, casta é inocente, usar para con ella de un lenguaje que la turba, hacerla estremecer al contacto de la mano, abrasarle los labios con un beso, y aprovecharse de su turbación y de su ignorancia para perderla, es inocente, intachable, sucede todos los días; pero lograr el mismo resultado valiéndose de dos gotas de licor en lugar de recurrir á las palabras, á las miradas y á los besos, es criminal, monstruoso, espantable: la seducción pasa entonces á ser estupro. En cuanto á Cristiana, de haberla yo enamorado como todo joven bien educado enamora á una mujer casada conocida; de haber sido galante, solícito y asiduo para

con ella, y valiéndome de algunas miradas de ternura interpoladas de algunos regalos hubiese conseguido hacerme amar, y á cambio de un brazaletes, de un abanico ó de unas elegias se me hubiese entregado, no habría pasado de lo vulgar y corriente. Pero como en vez de haberse entregado á cambio de una galantería, lo había hecho por un niño; como en la esencia su acción era hija de la maternidad y no de la coquetería, lo que hice con ella fué abominable. De modo que yo, que en otras circunstancias hubiera sido un caballero y un regalón apreciable, fuí un malvado por haber hecho cometer á Cristiana un adulterio menos infame que los que se usan. Cristiana se suicidó, es cierto; pero, ¿quién la obligaba á quitarse la vida? ¿Acaso fuí yo quien la precipité en la sima? No; luego su muerte fué un suicidio, de ningún modo un asesinato; luego nada tengo que echarme en cara.

Sin embargo, ¿de dónde nacía en Gelb la necesidad que de disculparse á sus propios ojos sentía por la vez primera de su vida? ¿Por qué se defendía de esta suerte? ¿quién le acusaba?

Samuel no era hipócrita; hacía el mal abierta y osadamente; no empleaba subterfugios con la moral, sino que la embestia y ultrajaba de frente. Puede que tuviese algo de Satanás; pero de Tartufo, nada.

Con todo, en aquel momento no era el mismo hombre; de él se iba apoderando una como timidez, extraordinaria en él, y era pábulo de un presentimiento del que no acertaba la causa.

De vez en cuando dirigía una mirada á Julio, para luego posarla en la botella tapada.

¿Qué relación existía entre ésta y aquél?

Lo cierto es que cuando Samuel al apartar de la botella los ojos los fijaba en Julio involuntariamente, á pesar del prodigioso dominio que sobre sí ejercía, se le animaban de un modo singular.

¿Encerraba, acaso, aquella botella la realización de su por tanto tiempo perseguido designio? ¿Era ella la que debía ponerle en posesión de la fortuna de Julio y por ende de cuanto él esperaba, esto es, del poder, de la jefatura de la Tugendbund y de la mano de Federica?

Aun cuando la botella hubiera encerrado algún tósigo; aunque Samuel, en aquel instante, hubiera estado próximo á envenenar á Julio, no habría habido para qué se hubiese

estremecido aquel corazón de bronce. Para una vida llena de crímenes ejecutados ó meditados, un crimen más ó menos nada significaba. No era Samuel para turbarse por tan poco.

El que por modo tan impasible había intentado envenenar á aquel grande hombre llamado Napoleón, no habría puesto reparo en envenenar á aquel semi cadáver á quien apellidaban el conde de Eberbach. No; si Samuel Gelb, en el momento de descargar el golpe decisivo que debía abrirle las puertas de su ambición y de su amor, se sentía juguete de una inquietud inexplicable; si su resolución, siempre tan firme, vacilaba; si estaba casi indeciso, no era porque el crimen que iba á cometer le despertase remordimientos, sino porque temía no ver cumplidos sus propósitos. A Samuel, por lo común tan seguro del triunfo, y aun puede decirse la audacia y la certidumbre personificadas, con rubor suyo y sin acertar en el porqué, una voz íntima le decía que su acción iba á perderle y que aquello en que cifrara su porvenir, sería causa de su muerte. Pero estas eran supersticiones de mujer apocada contra las cuales se sublevó. Pase que se engañe á los niños diciéndoles que quien mal anda mal acaba. Los hombres que tienen alguna experiencia saben que la realidad en nada se parece al desenlace de los melodramas, donde la virtud recibe indefectiblemente el premio y el crimen es castigado. Antes al contrario, lo á que apellidan el mal tiene de su parte todas las probabilidades de triunfo, y salpica de lodo á la pobre y modesta virtud que anda á pie por las calles.

—Ea—decía para sí Samuel,—seamos hombres. No es en el momento de la cosecha cuando el labrador renuncia y vacila. Por espacio de treinta años he sembrado en un terreno mi inteligencia, mis planes y mis esperanzas, y por fin ha brotado la mies. No es este el momento de reflexionar si valía más sembrar en este ó en el otro terreno, sino el de empuñar la hoz y segar.

Samuel sacó su reloj, y dijo:

—Todavía faltan más de treinta minutos.

—¿Qué hora es? ¿la media para la una?—preguntó Julio.

—Menos diez—respondió Samuel.—A la una en punto llegarán, por la escalera de abajo, nuestros queridos conspiradores. Dime, ¿estás bien seguro de los hombres que has apostado en la escalera de arriba?

—Del todo.

—¿Les has dado bien claramente tus instrucciones?

—Yo mismo les he apostado y me he puesto de acuerdo con su jefe. No te preocupe nada.

—¿Por qué no has querido que yo estuviese presente mientras dabas tus instrucciones á los tuyos?

—Porque me lo vedaban terminantemente las órdenes que he recibido de Berlín—respondió Julio,—y el jefe las tenía de no obedecer sino las que yo le diese confidencialmente.

—¿Conque desconfían de mí?—preguntó Samuel.

—Puede, hasta que hayas demostrado tu devoción.

—¿Por ventura es también debido á la desconfianza—prosiguió Gelb, un tanto mortificado—el que hayan exigido que tú estuvieses presente en la sesión de los Tres?

—Tal vez—respondió Julio.

El cual, tras una pausa de silencio, continuó:

—Pero harías mal en incomodarte ó en darte mal rato por una desconfianza que vas á desvanecer dentro de media hora. Además que mi presencia en la sesión puede serte provechosa.

—¿Por qué?

—Porque aquellos á quienes vas á entregar son tres y podrían darte un qué sentir de encontrarte solo. Esos hombres son valientes y es más que probable que no se dejarán prender sin defenderse.

—¿Y los soldados que has apostado en la escalera?

—Pues precisamente: cuando entren los soldados, los Tres, comprendiendo que les has vendido pueden arrojarse sobre ti para vengarse ya que no salvarse. Ya ves que no está de más el que te acompañe alguno.

—¿Y si al defenderme tú á mí te hieren?

—¡Oh!—respondió Julio con acento singular—yo, al entrar aquí, he renunciado á mi vida.

La voz firme con que el conde pronunciara tales palabras, le atrajo una intensa mirada de Samuel; pero éste no vió en el semblante de su interlocutor más que su acostumbrada indolencia.

De nuevo volvió á imperar el silencio en la sala, por la que á poco empezó á pasearse Samuel.

—¿Cuánto debemos aguardar todavía?—preguntó Julio.

—Quince minutos—respondió Gelb.

—Entonces ya es hora de que tome yo mi cordial.

—¡Ah!—profirió Samuel, deteniéndose.

—Me siento fatigado—continuó Julio,—y necesito fuerzas para la escena que va á desenvolverse aquí. Me has dicho que el efecto de este cordial era instantáneo y que valia más no tomarlo hasta el último instante, á que ya hemos llegado. Dámelo.

—¿Lo exiges?—preguntó Samuel con voz turbada.

—¡Pues no!—respondió Julio fijando los ojos en Gelb,—ahora es cuando necesito de toda mi energía. Ea, echa el cordial en este vaso.

Samuel no hizo movimiento alguno.

—Vierte el cordial, té digo—repitió Julio.

Gelb tomó entonces la botella, la descorchó con mano ligeramente trémula y escanció cosa de la mitad de su contenido en el vaso que tranquilamente le tendió el conde de Eberbach.

—¿Por qué no lo escancias todo?—preguntó éste.

—Basta con la mitad.

—Escancialo todo.

—Como quieras—dijo Samuel decantando con pulso algo trémulo la botella.

—No parece sino que estás conmovido—profirió Julio.—

¿Acaso es peligroso este cordial?

—¿Peligroso?—dijo Samuel palideciendo—¡vaya una idea se te ha ocurrido!

—Sosíégate, no es que sospeche de ti—repuso el conde.—No quiero decir sino que á las veces un brebaje nos cobra luego con creces la energía que nos presta por un instante; pero aun cuando me hubieses preparado un brebaje de esta especie, no te lo acriminaría, muy al contrario. Como tenga yo por espacio de una hora la energía que necesito, lo demás nada me importa; ya sabes que no es mucho mi apego á la vida. Ahí el fin que me guía al preguntarte si el brebaje este es peligroso.

—Es absolutamente inofensivo—contestó Samuel, que había tenido tiempo de reponerse;—no produce otro efecto que el de prestar fuerzas á los enfermos y aumentar las de los que gozan de salud.

—¿Conque aumenta las fuerzas de los que están buenos?—profirió el conde con acento particular.

—Sí—respondió Gelb.

—Me alegro.

Julio llevó el vaso á los labios, pero apenas los hubo humedecido, lo apartó de sí y dijo:

—Este cordial no tiene el mismo gusto que el otro.

—No—contestó Gelb;—lo he cambiado; este es más enérgico.

—Ea, resueltamente á ti te pasa algo, mi querido Samuel—dijo Julio;—has perdido tu serenidad habitual.

—¿Yo?—profirió Samuel.

—Concibo tu malestar—continuó el conde;—es muy natural que no estés del todo tranquilo en el momento de entregar á aquellos de quienes has sido el cómplice desde que viniste al mundo.

—En efecto—dijo Samuel, satisfecho de que Julio interpretase por tal manera su turbación;—te confieso que el vender á la Tugendbund me impresiona más que no sospeché.

—No te excuses, Samuel, es muy natural lo que te pasa. El vencer este escrúpulo aquilata todavía más el mérito que contraes, y por lo tanto es tanto mayor y más digno de recompensa el sacrificio que haces en pro del gobierno prusiano y de la causa monárquica. Pero yo te garantizo, bajo la fe de mi palabra de caballero, que la recompensa estará á la altura de la acción; á lo menos haré cuanto de mí depende para que así sea; fía en ello.

Gelb no profirió palabra alguna de agradecimiento; pareciale que las palabras de su interlocutor envolvían una intención irónica.

—Pero tú, como yo—continuó Julio,—vas á tener pronto necesidad de toda tu energía. La emoción que experimentas, por muy legítima y honrosa que sea, no dejaría de sernos perjudicial á ambos para el caso en que tuviéramos que defendernos, y para mí, si no para ti, es de imperiosa necesidad que la mates sin perder segundo. Ahora bien, como según acabas de decir, este cordial aumenta las fuerzas á los que gozan de buena salud...

—¿Qué?—interrumpió Samuel haciendo un violento esfuerzo para disimular su emoción.

—¿Qué? que á mi entender harás bien en beberte la mitad—respondió Julio.

Gelb miró estupefacto al conde.

—Ea, Gelb—prosiguió éste,—bebamos la mitad cada uno,

y bebamos á la salud de un ser que á los dos nos es querido, á la salud de Federica.

—¿Pero no decías que no tenías bastante con todo el contenido de la botella?—objetó Samuel.

—¿Y no has replicado tú que con la mitad tenía suficiente?

—¡Bah!—profirió Gelb,—ya ha pasado mi emoción. Además, una vez aquí los Tres, no temas, no tendré necesidad de beber nada para ser dueño de toda mi energía. Yo te respondo de que el peligro me hallará preparado y firme.

—¿Te niegas?—preguntó Julio con la mayor impasibilidad.

—¡Ah!—profirió Samuel mirando con fijeza al conde—¿también tú recelas de mí?

—Quién sabe—respondió Julio por tercera vez.

Samuel se irguió y el conde se puso en pie.

Por espacio de un segundo ambos interlocutores cruzaron una mirada penetrante como un puñal; luego y de improviso, Samuel, ya porque ante tal reto su carácter inflexible y sombrío hubiera recobrado en él el ascendiente, ora porque Julio estuviese injusto en sus sospechas, ó bien porque se le hubiese acudido súbito un pensamiento, tomó el vaso, se bebió la mitad del cordial contenido en éste, y lo tendió á Julio, diciendo:

—Ahora tú. ¡Vaya con tus recelos!

—A la salud de Federica y que nos sobreviva por espacio de muchos años—profirió Julio bebiéndose el resto del brebaje.

En esto se oyó el ruido de un timbre.

—Ya están aquí—dijo Samuel;—son puntuales.

Casi al mismo instante se abrió la puerta de la escalera inferior, y dos hombres embozados en sendas capas y con el rostro tapado, penetraron en la sala.

XXIX

El muerto se lleva al vivo.

En torno de la mesa no había sino tres asientos, de los cuales el uno estaba más elevado.

Los dos enmascarados se sentaron en los que estaban más bajos, y al parecer no les sorprendió la presencia de Julio, por más que Samuel no les previniera que no se presentaría solo.

—¿Únicamente habéis venido dos?—preguntó Gelb á los enmascarados y fijando con inquietud los ojos en el sitial que quedaba vacío.—Esperaba que el jefe supremo os acompañaría. ¿Por ventura no viene éste?

—Se lo ha impedido un asunto importante—respondió uno de los dos enmascarados;—pero donde estamos nosotros está él. Habla como si fuésemos tres, pues aunque no seamos mi compañero ni yo el jefe supremo de la Unión, éste oírá claramente tus palabras y profundizará tu pensamiento.

—Pues este sitio está libre, yo le tomo—dijo Julio sentándose con toda tranquilidad en el de preferencia.

Samuel miró con estupor al conde de Eberbach, imaginando que los poderosos y esclarecidos personajes que regían la Unión iban á indignarse ante el atrevimiento de aquel desconocido que osaba sentarse á su presencia y más alto que no ellos; pero los jefes de la Unión no sólo no demostraron admiración ni extrañeza, sino al igual que si Julio hubiese cumplido la acción más natural, se volvieron hacia Samuel y le brindaron á hablar.

Samuel titubeó. Primeramente lo que tenía que decir no dejaba de ponerle en un aprieto, pues por mucha fibra que tenga un hombre, éste no se convierte en traidor sin que algo le haga frente y le zumbe en los oídos su infamia. En segundo lugar, no estando presente en la sala el jefe supremo, quedaba frustrado lo principal del negocio; porque ¿valían la

pena de que uno arrostrase la vileza de la traición los dos que comparecieran?

Gelb había prometido entregar la cabeza de la Tugendbund, y como sólo entregase los brazos, era problemático que la corte de Berlín le premiase de la misma manera. Sin embargo, una vez el gobierno hubiese conocido lo que valían los brazos, tal vez por éstos llegaría á la cabeza. Aun suponiendo que los dos enmascarados fuesen capaces de soportarlo y sufrirlo todo antes que nombrar á su jefe, era probable que encima ó en la casa de ellos hallarían papeles que no sólo declararían quién era éste, sino que denunciarían la constitución y planes de la Tugendbund y pondrían la mano del Estado en la madriguera de la asociación.

Samuel se decidió, pues, á obrar como si los tres hubiesen comparecido á la cita.

—Nos has convocado para hacernos una comunicación importante—dijo el enmascarado que ya hablara, dirigiéndose á Gelb;—y como tenemos confianza en ti, hemos venido. Di.

—¿Y no me preguntáis quién es este hombre?—dijo Samuel señalando al conde de Eberbach.

—Pues tú lo has conducido—repuso el interlocutor,—suponemos que te merece la más omnimoda confianza y que la comunicación que tienes que hacernos reclama su presencia, ó cuando menos que puede oír lo que vas á decirnos. Habla, pues.

—Voy; pero permitidme que previamente os dirija una pregunta indispensable; ¿cuáles son vuestros nuevos proyectos en vista de la última revolución ocurrida en Francia?

—Estamos aquí para escuchar y no para responder—profriró el enmascarado, moviendo en señal negativa la cabeza.—No tenemos el derecho ni la voluntad de instruirte.

Samuel se mordió los labios, pues veía hasta dónde, en realidad, llegaba la confianza que hacía poco habían dicho tener en él los jefes de la Unión.

—Mejor—dijo Gelb para sus adentros,—esta injuria desvanece el resto de mis escrúpulos. Una vez más he podido convencirme de lo que puedo esperar de gentes que me tratan con tal desprecio después de treinta años de abnegación, esfuerzos y servicios.

Luego, levantando la voz, dijo:

—Interpretáis malamente el significado de mi pregunta;

no pretendo que un humilde y pobre servidor, como yo soy, penetre los designios de los misteriosos é inaccesibles señores que nos conducen. No pido que me declaréis vuestros planes y cuál es el camino que pensáis seguir. Sólo quisiera saber si habéis ó no renunciado á la independencia; mi curiosidad se limita al deseo de conocer si la Tugendbund sigue subsistiendo.

—¿Por qué habría dejado de existir?—repuso el jefe con extrañeza.

—¿Continuáis siendo adalides de la libertad contra la autoridad, de los pueblos contra los reyes?

—Sí.

—¿Y no os ha quitado el ánimo el resultado de las jornadas de julio, el escamoteo de la democracia por la burguesía, el aborto de este doloroso y terrible parto de una nación?

—El tiempo es la trama de la labor revolucionaria—respondió el interpelado;—el pueblo es paciente porque siempre fia en el mañana.

—El pueblo es eterno—dijo Samuel Gelb;—pero cada uno de nosotros somos mortales y por consiguiente tenemos el derecho de pensar en lo presente. Ahora bien, el desenlace de la revolución de julio es una demostración patente de que en la hora de ahora no es la democracia la llamada á señorear el mundo. A menos, pues, de renunciar á nuestra personalidad y de dejar la solución á lo venidero, podemos indagar si existe otra vía que nos conduzca más directamente al poder.

—Explicate con más claridad—pronrió el enmascarado con acento en el que la sorpresa empezaba ya á ceder el paso á la indignación.

—¿Conque—repuso Samuel,—pese al resultado de las tres jornadas de París, á la ruina de la república y á la proclamación de Luis Felipe I como rey de Francia, persistís en vuestros empeños?

—Sí.

—¿Para nada se han modificado vuestros planes, ni en vuestros actos vais á introducir reforma alguna?

—No.

—Pues bien, yo, que no soy como vosotros y no tengo la fatuidad de hacer befa de la experiencia, os he convocado aquí para deciros que ó renunciáis á vuestros planes ó yo me opondré á vuestros actos.

—¿Tú?

—Yo, sí—dijo Samuel Gelb, con gesto arrogante, altivo y terrible;—yo, oscuro afiliado de la Unión, de la que vosotros sois los señores soberanos; yo, humilde servidor de vuestra omnímoda voluntad, miserable instrumento al que nunca os habéis dignado levantar del suelo; yo, á quien nunca habéis tenido en nada, me yergo ante vosotros, omnipotentes señores y príncipes, y de mi sola y exclusiva voluntad disuelvo la Tugendbund.

Los dos enmascarados encogieron los hombros.

—¿Encogéis los hombros?—continuó Samuel—¿no dais crédito á mis palabras? ¡Como estáis acostumbrados á que todos tiemblen ante vosotros, no concebís que haya quien se atreva á hablaros como yo os estoy hablando; y os muevo á lástima yo, pigmeo, que por mí y sin más ayuda que mi querer cometo la locura de atacar una asociación tan formidable. A mí me es menester la lucha; á ella reto, y provocho, pues, á la Tugendbund en peso, y para empezar me apodero de sus jefes y no les suelto.

Y Gelb, volviéndose hacia el conde de Eberbach, añadió:

—Da la señal.

Julio se levantó y fué á dar una vuelta á una anilla de hierro empotrada en el muro.

Samuel sacó entonces de sus bolsillos un par de pistolas y empuñando una en cada mano y apuntándolas al pecho de los jefes de la Tugendbund, dijo:

—Resistíos si así os place, señores; pero os advierto fraternalmente que tengo la puntería bastante certera. Como hagáis un gesto, os mato; ahora si no oponéis resistencia, me han prometido respetaros la vida. Por última vez ¿queréis renunciar á vuestros designios?

—¡Insensato!—profirieron los dos enmascarados, sin moverse y sin dar un paso ni hacer un gesto para defenderse.

—En este caso no culpéis sino á vosotros mismos de lo que va á suceder.

—¿Qué puede suceder?—repuso uno de los jefes.—Suponiendo que la tentativa os saliese bien, lo que podría pasar es que nosotros nos convertiríamos en mártires y tú en traidor. ¿Pero qué mal crees tú que esto reportaría á la libertad?

—A lo menos no aprovechará á la vuestra—replicó Gelb,

—pues por el resto de vuestros días iréis á meditar sobre ella tras los muros de la ciudadela de Maguncia.

En esto se abrió la puerta de la escalera superior y penetraron en la sala seis hombres armados, el último de los cuales cerró tras sí aquélla.

Los dos jefes de la Unión permanecieron inmóviles en sus asientos.

—Amigos míos—exclamó Samuel designando á los dos jefes,—prended á estos dos conspiradores.

Los seis hombres que acababan de entrar no hicieron movimiento alguno; sólo, sí, el que los conducía interrogó á Julio con la mirada.

—Tenéis razón—dijo Samuel,—el conde de Eberbach es quien manda y no debéis obedecer sino á él. Ea, Julio, da la orden de que les arresten...

El conde de Eberbach se levantó, y señalando con el dedo á Samuel, dijo á los seis hombres:

—Arrestad á este canalla.

Samuel se llevó una mano en la frente y se la oprimió con fuerza para convencerse de que no estaba soñando.

—De pronto—continuó Julio,—tenedle únicamente sujeto para que no pueda escaparse. Ante todo es menester que deliberemos respecto del castigo que merece.

Y volviéndose hacia los dos jefes, el conde añadió:

—Señores, podemos hablar en voz alta; estos seis hombres son de los nuestros. Poco importa que me vean el rostro y sepan que soy el jefe supremo.

—¡El jefe supremo!—exclamó Samuel petrificado.

—Sí, yo lo soy, y esto te explica el que me haya sentado donde me he sentado y la tranquilidad con que estos caballeros han escuchado tus amenazas—profirió Julio.—Pero ya hablaremos luego de ello.

Y dirigiéndose á los dos jefes, añadió:

—Quería deciros, señores, que bastaba no os pudiesen conocer á ninguno de los dos. En cuanto á mí no hay inconveniente en que hoy sepan que yo soy el jefe supremo, porque mañana habré dejado de serlo.

Los dos enmascarados hicieron un gesto de admiración.

—Este es mi secreto—continuó el conde de Eberbach.—Ahora juzguemos á ese hombre que ha querido venderos, es decir, vendernos, pero que ha caído en sus propias redes. Hay en su acción flagrante delito; de consiguiente no nos



—Arrestad á ese canalla.

queda sino pronunciar su sentencia. ¿A qué pena condenáis á Samuel Gelb?

—A la de muerte—respondieron á una los dos jefes.

—Está bien; yo me encargo de la ejecución de la sentencia—dijo Julio,—y por quien soy os fio que pronto la veréis cumplida. Idos, señores.

Samuel asistía á todas estas formalidades, estupefacto, anonadado, no acertando á dar fe á sus ojos y á sus oídos, creyéndose víctima de un sueño.

Los dos jefes se salieron.

Entonces Julio se dirigió á los seis hombres armados, y les dijo:

—Dejadme á solas con el traidor. ¿Cuántos sois en la escalera de arriba?

—Doce.

—¿Y en la de abajo?

—Doce también.

—¿Recordáis bien mis instrucciones?

—Sí, monseñor: quien quiera intente salir sin dar el santo y seña al instante debe morir cosido á puñaladas.

—Esto es; idos, y que bajo pretexto alguno entre nadie aquí aun cuando suene el timbre.

—Nadie entrará, monseñor.

—Idos.

Los seis hombres abandonaron la sala, y Samuel se quedó á solas con Julio.